



EL MATRIMONIO

HOMBRE Y MUJER, IGUALES Y DIFERENTES

Por: Eulalio Sosa Fellové

En estos tiempos se habla mucho sobre la “*crisis de las familias*” y principalmente sobre la “*crisis de los matrimonios*”. De todos es conocido que “*la familia es la célula fundamental de la sociedad y el matrimonio es su núcleo*”. Por ello así anden las familias, así estará la sociedad, y así estén los matrimonios así funcionará la sociedad. Pero, ¿cuál es verdaderamente la raíz de este problema?

Realmente, el problema actual no es la crisis de los matrimonios sino la crisis de la fe que aleja al hombre y a la mujer de Dios haciéndoles olvidar que son criaturas que se realizan solo donándose gratuitamente. Son muchos los matrimonios que se rompen y aún más el número de personas que no consiguen tomar la decisión de casarse.

La Palabra de Dios habla mucho también del matrimonio en el contexto de la revelación del amor de Dios hacia la familia humana. Jesús enseña que el matrimonio es algo santo, un gesto por el cual un hombre y una mujer se hacen una sola cosa para toda la vida (Mt 19). Dios repetidas veces manifiesta que ama y bendice las familias, de hecho, ha querido que el hombre viniese al mundo por medio de las familias y Él mismo se ha hecho hombre en medio de una familia humana. Dios que es grande y omnipotente se ha hecho niño en Jesús, y ha vivido durante treinta años en familia.

También el Evangelio nos habla de la santidad e indisolubilidad del matrimonio. Dios dice que los que se casan se convierten en una sola carne de forma que nada puede separarlos.

Pero estas palabras, para nosotros hombres de este siglo, son una fuente de cierto desaliento y confusión y parecen fuera de lugar. Sabemos bien que más del 50 por ciento de los matrimonios se interrumpen y muchos sostienen, que sea un derecho separar lo que Dios ha unido. Esto es un verdadero drama actual, que causa dolor y sufrimiento, el matrimonio parece ser una elección de un grupo reducido o algo de poco valor. En esta situación, los niños son cada vez más raros, casi desaparecen de nuestra sociedad.

Sin embargo, el ser humano se da cuenta de poseer un gran deseo de amar a otra persona totalmente, de ser feliz y hacer feliz a otra persona. Tenemos un deseo de donarnos integralmente porque sabemos que el amor o es total o no existe. El amor pide la eternidad, la perfección.

Este gran deseo existe porque nuestra misma vida es un don de Dios. Nosotros no nos pertenecemos, no venimos de nosotros mismos, sino del amor de otros. Dios nos ha creado, nos ha dado la vida gratuitamente, sin pedir nada, y esto viene por medio del amor de nuestros padres. Por este motivo el hombre solo puede realizarse cuando se dona, donando de nuevo a Dios y a los otros los dones recibidos de Dios.

Uno de los modos del hombre de donarse totalmente a Dios y a los otros es el matrimonio, en el cual un hombre y una mujer se convierten en una sola cosa. Los esposos amándose, aman en realidad a Dios, hacen de su vida un don recíproco, encuentran un camino para la felicidad y pueden colaborar con Dios

en el poder único de dar la vida. El amor verdadero es absoluto, pide la totalidad del tiempo, la apertura a la vida, el querer darse siempre.

Quien ama verdaderamente busca entregarse totalmente y el amor cuando es donado, no se pierde, no se gasta, crece y produce sus frutos. El amor se destruye solamente cuando una persona se casa para hacerse feliz a sí misma, no descubriendo sin embargo que solo hay un camino para la felicidad plena: buscar hacer feliz al otro.

Dios, además, ha querido que el matrimonio fuera un sacramento, un signo sagrado que da a los hombres la capacidad de donarse los unos a los otros, en un amor total y fecundo para toda la vida. Nuestro Salvador se dirigió a la boda de Caná, para santificar el principio de la generación humana. Y el sacramento supone la igualdad de la dignidad del hombre y la mujer y su complementariedad en lo que tienen de diferente, que es mucho.

El libro del Génesis dice que Adán, después de la creación, vio a todos los animales y no encontró ninguno con el que identificarse, que fuese similar a él.

Entonces el texto bíblico usa una imagen poética bellísima: la mujer fue creada a partir de la costilla del hombre. Esta imagen significa que la mujer es igual al hombre en dignidad. Ella no se ha hecho del pie de Adán porque sea inferior a él, ni Dios ha quitado una neurona del cerebro del hombre para hacer superior a la mujer. Dios ha quitado al hombre una costilla que es la parte del cuerpo que más cerca está de su corazón. Por eso Adán cuando vio a Eva gritó de júbilo: *“¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Se llamará Mujer, porque ha sido sacada del hombre”* (Gen. 2, 22-23).

San Juan Pablo II, comentando estos textos decía que Dios ha creado todas las cosas con un orden, iniciando con las cosas más sencillas como la luz, el agua, la tierra y terminando con las cosas más complejas: primero el hombre y después la mujer. La mujer es la criatura más “perfecta” del Universo. Por este motivo los hombres no entienden nunca a las mujeres y por eso el diablo quiso tentar en primer lugar a la mujer: él sabía que una vez destruida la mujer, toda la creación y la sociedad se estropearía. Y hoy utiliza la misma estrategia: destruir la figura de la mujer para poner en crisis toda la sociedad.

Hombres y mujeres son iguales y diferentes, iguales en dignidad y diferentes en roles y funciones, unidos por su corazón; pero para ser fieles el uno al otro, necesitan a Dios, de la gracia de Dios, que se celebra por primera vez en el sacramento y que debe crecer cotidianamente en la oración común y en la participación común a los sacramentos.

El verdadero problema actual no es la crisis en los matrimonios, sino más bien la crisis de la fe; que se aleja de Dios y se olvida que el hombre es una criatura y solo se realiza donándose gratuitamente. Para hacer esto necesitamos pedir al Señor que las familias cristianas sepan descubrir en Dios su fuerza y que los jóvenes no tengan miedo de realizar el plan que Dios tiene para ellos.

